

El cristiano y el dinero

Por Wilbur Madera

Con base en la experiencia ministerial, parece ser que uno de los contextos en los que los corazones son probados es precisamente el contexto del dinero, las finanzas y la riqueza. Platicando con varias personas he escuchado cosas como: “El problema principal en los matrimonios es el dinero”, o “Si ganará un poco más no tendría tantos problemas con mi esposa”. Sin duda, el dinero parece ser uno de los asuntos que ocupan el primer plano en la vida diaria de las personas. Todos, de una u otra forma, tenemos una perspectiva del dinero y tomamos decisiones con base en esa perspectiva.

Las personas a nuestro alrededor pueden ser clasificadas en dos grandes grupos: Los que no tienen dinero y quieren tenerlo, y los que tienen y no quieren perderlo.

Cuando conversas con alguien que está pasando necesidades por dinero, ¿de qué te hablan? ¿qué ven como la solución? ¿cuál es su sueño? Tener dinero. Por otro lado, cuando conversas con personas que tienen dinero, ¿de qué te hablan? ¿cuáles son sus temores? ¿dónde está el énfasis en sus vidas? No perder dinero.

El dinero o la riqueza tiene esa facultad de atraer nuestro corazón como imán, ya sea que lo tengamos o que no lo tengamos. Pero el problema no está en el dinero en sí, sino el problema está en nosotros mismos. Por el gran potencial que tiene el dinero de ser instrumental para abrir caminos, lograr metas, alcanzar ciertas posiciones y beneficios, es relativamente fácil para nuestros corazones comenzar a ponerlo en un lugar que sólo le corresponde a Dios.

Esa es la principal idea impostora del mundo respecto al dinero. La idea de que si tienes dinero, no necesitas nada más. El mundo nos da la idea de que el dinero es un sustituto perfecto de Dios. La idea impostora es que en el dinero está la llenura de tu alma, la plenitud de vida, la paz que buscas, el propósito de todo.

Pero gracias al Señor, no estamos a merced de las mentiras del mundo, sino tenemos Su Palabra, para entender y aplicar las verdades del evangelio que nos hacen libres de las perspectivas tramposas e impostoras del mundo.

La Escritura no condena o sataniza el dinero, pero sí nos advierte de la compleja y peligrosa combinación que se puede dar entre el dinero y nuestros corazones pecaminosos. Así que prestemos mucha atención a las advertencias del Señor, ya sea que estemos en el grupo de los que no tienen y quieren tenerlo, o de los que tienen y no quieren perderlo.

Primero, para los que no tienen y quieren tenerlo, la Escritura dice en 1 Timoteo 6:9 NVI dice: *Los que quieren enriquecerse caen en la tentación y se vuelven esclavos de sus muchos deseos. Estos afanes insensatos y dañinos hunden a la gente en la ruina y en la destrucción.*

No sólo el rico puede tener problemas con el dinero, sino también el que no tiene dinero puede verlo como la solución a su vida. Dice la Biblia que en el afán de enriquecerse o de tener dinero aquí y ahora, podemos con facilidad caer en la tentación de pecar con tal de obtener dinero. El deseo por el dinero puede ser de tal magnitud que entreguemos nuestra voluntad para ser esclava de tales deseos. El resultado es de esperarse, cada vez más te vas hundiendo, deshonrando, corrompiendo hacia tu propia destrucción. Un deseo de este tipo por el dinero, puede acabar con todo lo que más amas, como tu familia, tus relaciones, tu patrimonio, tu ministerio, tu propia vida.

Uno de los más grandes problemas de nuestro país es la corrupción y tiene su base justamente en esta dinámica descrita en la Escritura. Con tal de obtener un beneficio económico rápido, se solapa el delito, se permite lo prohibido, se daña la naturaleza, se promueve la impunidad. No vayamos muy lejos, ¿Acaso no te has sentido tentado en “ahorrarte” unos cientos de pesos y de

tiempo cuando el policía te sugiere velada o descaradamente que hay una manera más fácil y rápida de solucionar tu infracción de tránsito?

Detrás de todo esto, está la perspectiva impostora acerca del dinero que nos dice: lo que traerá sentido a tu vida es tener más o acumular dinero.

Pero no sólo él que no tiene dinero puede tener problemas con él. También para los que tienen dinero hay advertencias en la Escritura muy pertinentes. 1 Timoteo 6:17 NVI dice: *A los ricos de este mundo, mándales que no sean arrogantes ni pongan su esperanza en las riquezas, que son tan inseguras, sino en Dios.*

La tentación más fuerte para los que tienen dinero es poner su esperanza y seguridad en aquello que tienen. Nuestros corazones pueden con mucha facilidad hallar tranquilidad y seguridad en la riqueza, de tal modo, que comencemos a sentirnos dueños, amos y señores del mundo. Comenzamos a tener la soberbia de pensar que somos invencibles y que todo lo que nuestra mano se proponga hacer lo podemos lograr. Podemos llegar a engañarnos a nosotros mismos con la idea de que somos autosuficientes e independientes. En ese escenario, ¿quién necesita a Dios? ¿Para qué depender de Dios?

Pero la verdad es que esa esperanza y esa seguridad es la más falsa de todas. El dinero y la riqueza es lo más inseguro y más decepcionante que puede haber. Te lo roban, lo pierdes, se quema, te lo confiscan, te defraudan, te matan. No hay nada seguro fuera de Dios.

Pensemos en nosotros mismos, ¿Cómo nos ponemos cuando de pronto hay un gasto imprevisto en la casa? ¿Cuál es tu primera reacción? ¿Te preocupas? ¿Te angustias? ¿Te enojas? ¿Te quejas? ¿Reclamas? O ¿agradeces que el Señor ha provisto recursos para esa necesidad? Nuestras reacciones ante estos imprevistos, muestran dónde está nuestra seguridad y esperanza. Y Dios en su gracia, nos muestra que poner nuestro corazón en las riquezas, es poner nuestra casa sobre la arena. Es hacer castillos en el aire.

Sin duda, el dinero puede presentar desafíos para los que lo quieren y para los que lo tienen. Dios nos enseña, que al final de cuentas, el problema no es el dinero, sino nuestro corazón

1 Timoteo 6:10 NVI dice: *Porque el amor al dinero es la raíz de toda clase de males. Por codiciarlo, algunos se han desviado de la fe y se han causado muchísimos sinsabores.*

La Biblia no condena el dinero, sino el amor al dinero. El problema es hacerlo tu tesoro, el propósito de tu vida, sustituir a Dios con él. Las consecuencias son graves; algunos abandonan su fe y causan para sus propias vidas tanto dolor y sufrimiento.

En el libro de Proverbios encontramos estas sabias palabras que muestran la dinámica que puede tomar nuestro corazón cuando ponemos al dinero en el lugar de Dios

Proverbios 30:7-9: *»Sólo dos cosas te pido, SEÑOR;*

No me las niegues antes de que muera: Aleja de mí la falsedad y la mentira; no me des pobreza ni riquezas sino sólo el pan de cada día. Porque teniendo mucho, podría desconocerte y decir: "¿Y quién es el SEÑOR?" Y teniendo poco, podría llegar a robar y deshonorar así el nombre de mi Dios.

El proverbista conoce su corazón y sabe que si no tiene, su corazón puede volverse blasfemo y si tiene de más, su corazón puede volverse soberbio. Sabe muy bien que con toda facilidad puede poner al dinero como su Dios; puede llegar a amar el dinero y acarrear sobre sí toda clase de males.

Pero notemos algo muy importante del proverbista. ¿Cuál es su preocupación? ¿Quedarse sin algo para comer o no tener mucho dinero? ¿Cuál es? Su primera preocupación es sustituir a Dios con el dinero. No quiere ni ofender ni rebelarse contra Dios, porque el Señor es su prioridad. Esa es la manera de atender el asunto del dinero. Teniendo a Dios como el centro, tu corazón usará el dinero como lo que es, como un contexto para glorificar a Dios; un medio para seguir dando honor a Dios.

Por la gracia de Dios, la verdad del evangelio nos enseña una manera diferente de vivir. Y en 1 Timoteo 6 podemos encontrar principios y verdades que nos pueden ayudar a manejar el dinero para la gloria de Dios y evitar que nuestro corazón se vuelva esclavo de sus propios deseos. En Cristo, tenemos la dirección bendita del Espíritu Santo que usa su Palabra como una espada para penetrar a lo más profundo de nuestro corazón y discernir los pensamientos y las intenciones del mismo.

Por eso, hagamos caso de estas instrucciones y principios bíblicos que protegen nuestros corazones y nuestras familias.

1. Ten siempre presente que no eres el dueño.

1 Timoteo 6:7 NVI: *Porque nada trajimos a este mundo, y nada podemos llevarnos.*

Cuando nacimos llegamos sin nada puesto, el día de nuestro funeral, si acaso estaremos vestidos, pero ni aun esa ropa nos podremos llevar. Esta es una imagen muy elocuente de que todo lo que estuvo bajo tu posesión en tu tránsito de la cuna a la tumba, nunca fue tuyo. No importa cuanto haya sido, no lo podrás llevar contigo.

El dueño es otro. Es Dios. Tú y yo somos mayordomos o administradores de los bienes de Dios. Nos deja bajo nuestro cuidado su riqueza para que la multipliquemos para su gloria. Así que las decisiones sobre el dinero deben tener la anuencia y bendición del dueño. Manejemos el dinero sabiendo que no es nuestro y que un día tendremos que dar cuentas al dueño.

2. Desarrolla una actitud de contentamiento.

1 Timoteo 6:8 *Así que, si tenemos ropa y comida, contentémonos con eso.*

Si nada trajiste y nada te llevarás, entonces, todo lo que llegas a tener entre tu entrada y tu salida es gran ganancia. No lo veas como algo insignificante, sino siempre como una gran bendición. Tener ropa (aunque no sean las ropas de marca o la variedad que desearías) y tener comida (aunque no puedas ir al restaurante de moda) es más que suficiente, es más que una gran bendición.

Cuando empiezas a ver con claridad que, en las manos de Dios, aun lo poco es suficiente, comenzarás a tener un corazón cada vez más agradecido y más contento, y serán evidentes para ti las bendiciones de Dios, tanto en la austeridad como en la abundancia.

3. Recuerda siempre que el dinero es un medio, nunca un fin.

1 Timoteo 6:10 *Porque el amor al dinero es la raíz de toda clase de males.*

Es muy fácil perder de vista el carácter instrumental que tiene el dinero. Es un medio que nos ayuda a realizar proyectos y lograr objetivos. El problema viene cuando se vuelve un fin. Porque los fines son el motor de nuestras acciones. Los medios se usan, los fines se aman y se buscan. Dios es el fin. El dinero, siempre es un medio. Algo está mal radicalmente cuando invertimos los papeles. Es decir, cuando amamos al dinero y queremos usar a Dios como medio para alcanzarlo y decimos: ¡Señor dame lo que amo en verdad! Y hasta me enojo cuando Dios parase no ser un buen medio para lograr lo que amo. ¡Es al revés! Amemos a Dios; usemos el dinero para glorificarlo.

4. No confíes en el Dinero, confía en Dios.

1 Timoteo 6:7a: *A los ricos de este mundo, mándales que no sean arrogantes ni pongan su esperanza en las riquezas, que son tan inseguras, sino en Dios.*

Fuimos diseñados para encontrar nuestra seguridad y confianza sólo en el Señor. Cualquier sustituto de Dios está destinado a fallarnos y decepcionarnos. Las riquezas son inseguras, son temporales, no puedes depender de ellas. Mas el Señor es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. El Señor es nuestro escudo, en Él estamos seguros.

Si tu confianza está en las riquezas, el día que desaparezcan, acabará tu vida con ellas. Pero si Dios es tu confianza, podrá desaparecer todo a tu lado, pero tu corazón permanecerá firme para afrontar confiado lo que venga.

5. Disfruta sabiamente la bendición de Dios.

1 Timoteo 6:7b: *Dios, que nos provee de todo en abundancia para que lo disfrutemos.*

Hemos advertido acerca del dinero, pero no con esto queremos decir que no disfrutes del dinero y las bendiciones que trae consigo. Aquí se nos dice que Dios nos da de todo en abundancia para que lo disfrutemos. Hay cierto disfrute, que el dinero puede proveer.

El problema es amar más el regalo que a aquel quien nos da el regalo. Es como cuando éramos niños y nos gustaba invitar gente a nuestro cumpleaños, no por su compañía sino por el regalo que nos traían.

Cuando estés disfrutando de la bendición que trae el dinero, que tu corazón sea llevado a la adoración del dador de la bendición y tu gratitud, confianza y compromiso con él sean fortalecidos.

6. Desarrolla un corazón generoso

1 Timoteo 6:18-19: *Mándales que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, y generosos, dispuestos a compartir lo que tienen. De este modo atesorarán para sí un seguro caudal para el futuro y obtendrán la vida verdadera.*

Por supuesto que no está mal disfrutar de la bendición que viene de Dios por medio de la riqueza. Pero nunca hay que perder de vista que él nos da, principalmente, para compartir esa bendición con otros.

Tener más, no significa tener más para uno, sino tener más para compartir. El que piensa así, es verdaderamente rico. El tener algo conlleva el compromiso de ser intencional en hacer el bien, de ser generosos y de compartir para la necesidad de los demás.

No necesitamos esperar a tener mucho para ir desarrollando un corazón generoso. Todos podemos serlo. Todos tenemos algo, que administrándonos mejor, podemos compartir con alguien que tenga mayor necesidad. Busca a tu alrededor oportunidades. No tienes que esforzarte mucho, sin duda las encontrarás a cada paso.

Nuestro Dios es el Dios de gracia que por medio de la obra de Cristo, nos ha abierto los ojos para que le sirvamos. Nos muestra su verdad, que es bendita y eterna para siempre. Nuestras familias en Cristo, pueden ser libres de las mentiras del mundo al respecto del dinero, porque Aquel quien es la verdad vive en nuestros corazones y nos capacita para obedecer y vivir para la gloria de Dios.